

Gourgaud, á fin de esclarecer diversos puntos y transmitir fielmente á París el resultado de las conversaciones, cuyo resumen, de corte muy singular, se encuentra en una carta fecha del 18 de Marzo:

«¿Qué ha dicho Napoleón de la muerte de la princesa Carlota?— La considera como una nueva desgracia añadida á su situación. Todo el mundo sabe que la princesa de Gales le admiraba casi con fanatismo, y él esperaba que, al subir al trono la hija de la princesa, emplearía ésta sobre ella todo su ascendiente para transportarle á Inglaterra. «Entonces, — decía, — ya estoy libre.» Al recibir la noticia del fallecimiento de su admiradora, exclamó: «¡Cómo ha de ser! Otra contrariedad imprevista. De este modo desvanece la fortuna todos mis proyectos.»

«¿Habla alguna vez del porvenir?— Está convencido de que no ha de morir en Santa Elena, porque el partido antiborbónico logrará rescatarle. Parece que tiene todavía alguna esperanza de recuperar el trono, pues me dijo al despedirme: «Si vuelvo á Francia, venid á verme y os protegeré de nuevo.»

«¿Qué opina de los Borbones? — Dice que Luis XVIII es revolucionario y que con su conducta se expone á graves peligros, pues no se mudan así las dinastías. La prudencia exigía que hubiese prescindido de todos mis mariscales. Precisaba inutilizar cuanto no pertenecía al partido realista. No eran tan sólo Labedoyere y Ney los peligrosos.

«¿Habla de su mujer?— Se queja de María Luisa, que á su juicio no hubiera debido salir de París en 1814. «Si en vez de darle por camarera mayor á la señora de Montebello le hubiesen dado á la señora de Beauvau, de seguro que ésta llevara de otro modo las cosas y no estaríamos como estamos.» Está convencido de que no hubiera caído del trono de haberse casado con una gran duquesa rusa. Desde hace algún tiempo, habla frecuentemente de su hijo.

«¿Qué dice del asunto del coronel Latapie y de la supuesta tentativa de rapto? — Dice que acaso sea verdad, pero que toda esa gente son aventureros á quienes jamás se confiaría (1).

(1) Documentos justificativos, núm. 5.

«¿Creéis que pueda evadirse?— Ha tenido diez ocasiones y la tiene todavía en este instante... ¿Qué no logra quien dispone de millones?... Por lo demás, aunque esté resentido con el Emperador, no le traicionaré jamás. Lo repito. Puede evadirse solo y marcharse á América cuando le plazca. No diré ni una palabra más.

«¿Si puede hacerlo, por qué no se evade? ¿No es lo esencial salir de aquí?— Nosotros se lo hemos aconsejado, pero siempre se resistió á nuestras razones. Por desgraciado que aquí sea, disfruta secretamente del rigor con que se le guarda, del interés que por él toman las potencias europeas y de la escrupulosidad en recoger sus más insignificantes palabras. Diferentes veces nos dijo: «No podría vivir como un particular. Prefiero estar aquí prisionero que libre en los Estados Unidos.»

«¿Sigue escribiendo su historia?— Ha escrito algunos fragmentos, pero es probable que no la termine. Cuando le preguntamos si no quiere que la historia le retrate tal como haya sido, responde que á veces vale más dejarse descubrir que ponerse á descubierto. También parece que, por no creer realizados todavía sus altos destinos, no quiere revelar planes cuya ejecución quedó en suspenso, y tal vez logre llevar á cabo felizmente algún día.

«¿Quién redactó la famosa carta de Montholon?— El mismo Emperador nos dictó la mayor parte (1). Más le valiera haber colgado después la pluma; pero en Londres aparecen continuamente cartas escritas por supuestos capitanes de la marina mercante en las que se habla mucho del Emperador y son de él mismo.

«El estilo es vulgar, los pormenores pueriles, el concepto pobre. A duras penas creeríais que es suya la obra publicada por el apócrifo Santini. Con estas cosas se perjudica más de lo que piensa, pero nadie puede apartarle de su manía de escribir. Ni Montholon ni Bertrand son á propósito para estar con él. Necesitaba hombres del temple del duque de Rovigo ó del duque de Bassano, que le hubiesen impedido sus sandeces. ¡Cuántas hemos cometido desde que estamos aquí!

«¿Cómo es su trato en la intimidad?— Excelente con los cria-

(1) La protesta contra el tratado del 2 de Agosto de 1815.

dos. Procura que no se fatiguen los que le rodean. Estimula á quien demuestra talento y se lo presta á quien carece de él.

»¿Cómo se porta con el séquito? — Como un rey absoluto. Le he visto varias veces jugar cinco horas seguidas al ajedrez y consentir que durante todo este tiempo estuviéramos de pie mirando el juego.

»¿Qué ha hecho la señora de Montholon para agradarle? — Presume de marisabidilla porque conoce bien la historia de Francia y no cesa de repetir al Emperador que sería preciso guillotinar, todos los días, á ochenta parisienses, en castigo de haberle traicionado; que Francia merece ser veinte veces más infortunada de lo que es, etc. Todo esto lo escucha él gustoso.»

El general Gourgaud no tenía ni un napoleón al salir de Longwood, y noticioso de ello el Emperador, mandó á Bertrand que le entregara un talón de 12.000 francos, pagadero en casa de Balcomb. Hasta el momento de la marcha, no quiso aceptar Gourgaud este dinero, prefiriendo pedir prestado de su propio peculio al intendente de palacio (1). Pero la misma mañana del embarque, el 14 de Marzo, pasó por casa del gobernador para consultarle sobre lo que había de hacer. Aconsejóle Hudson Lowe que aceptara el donativo de Napoleón, pero él no se resolvió en definitiva, hasta que, por último, fué á casa del barón de Stürmer y le dijo: «No tengo derecho á pedir consejo de amigo, pero os lo pido como general.» El barón repuso diciendo: «Si me viera precisado á dejar el servicio por chinchorrerías de mi jefe, en modo alguno aceptaría donativos de su mano, pues no querría contraer obligaciones con él á punto de partir.» A esto replicó Gourgaud: «Pues bien, no tomaré los 12.000 francos.»

Sin embargo, no había de ser definitiva esta resolución, pues mudando súbitamente de parecer en el instante de subir al buque, suplicó á Hudson Lowe que le acompañara á casa de Balcomb para cobrar el talón del Emperador. Por desgracia, no estaba Balcomb en casa y su dependiente no tenía orden de pagar, de modo que, como el buque iba á zarpar, le fué preciso partir sin dinero.

A la mañana siguiente recibió el gobernador una letra de cam-

(1) Documentos justificativos, núm. 7. Informe del oficial Jackson.

bio, que, luego de endosada á favor de Gourgaud, puso en el correo de Indias, que aquel mismo día regresaba á Inglaterra.

El marqués de Montchenu dice á este propósito: «Bonaparte ha sentido enojo por la deserción de Gourgaud, aunque con la alegría de librarse de él.— Me quiere demasiado,— dice;— no me deja tranquilo. ¿Qué desea? Al fin y al cabo, no puedo dormir con él. Además, ¿qué podrá hacer? ¿Algún pasquín? Me tiene sin cuidado. ¿Irá á ponerse en manos de un gendarme, como asegura, ó cometerá cualquier otra torpeza? ¡Lo fusilarán!...»

Este incidente, uno de los más graves que ocurrieron en la isla durante la cautividad del Emperador, alteró por entonces la monotonía de una vida necesariamente estéril en novedades y dió pasto á los informes de los comisarios extranjeros. Pero, luego de calmada la excitación, las cartas del marqués de Montchenu ya sólo hablan de la salud de Bonaparte. Este es el punto capital, y se aguardan con impaciencia los partes facultativos para comentarlos y aderezarlos antes de su transmisión á Europa. Lo cierto es que, desde entonces (Marzo de 1818), el Emperador se agravó considerablemente. Como las encinas de Santa Elena, que, á los treinta años, han alcanzado plenitud de crecimiento y decaen paulatinamente hasta morir á los cincuenta años, cuando debieran estar en todo su vigor, así el ilustre cautivo, aunque en la fuerza de la edad, había llegado ya al ocaso de la vida, pues «en aquel ardiente clima, todo lo que no gana algo, pierde mucho», según la exacta observación del marqués. En fin, la muerte, que hasta entonces parecía haber respetado á los habitantes de Longwood, acababa de llevarse á Cipriani, repostero del Emperador, á consecuencia de una inflamación intestinal, lo que emocionó sobremanera á su dueño. «Es de esperar que ella (la muerte) no se detenga en tan hermoso camino», añade Montchenu.

«Bonaparte se ocupa mucho de Francia, y habla muy á menudo del rey, de quien nunca murmura, pero vitupera su administración, y entonces se extiende sobre lo que él hubiera hecho. «Ya veis que en 1815 no podía yo volver en modo alguno. Conozco á los franceses mejor que el rey.»

Más adelante, escribe el comisario de Luis XVIII: «... He sabido también que la misma mañana de la batalla de Waterloo se celebró

consejo, en que se acordó el fusilamiento de Fouché. La huída del condenado demoró el proyecto, que fué puesto nuevamente á debate en París; pero entonces se vió que no era posible ejecutarlo.

»Al hablar de sus últimas desgracias, dice asimismo Bonaparte: «Cometí una gran torpeza al casarme con María Luisa. Siempre me ha sido funesta.»

5 Mayo 1818.—«Desde hace algún tiempo, se han enfriado las relaciones entre el gobernador y el doctor O'Meara, que antes gozaba de toda su confianza. Hudson Lowe ha querido someterle á las mismas formalidades que á los franceses de Longwood, esto es, no dejarle salir del recinto sin la compañía de un oficial. El doctor alegó enérgicamente que era inglés, al servicio del rey de Inglaterra, pues siempre había figurado con el haber de su empleo en los cuadros de la marina, en calidad de médico supernumerario á bordo del buque almirante, y que por servir en Santa Elena, por orden del ministerio y del almirantazgo, no se consideraría jamás como prisionero. Inmediatamente dimitió el cargo y no quiere desempeñar función alguna.

»El doctor se había aquistado completamente la confianza de Napoleón y su séquito; pero esta misma confianza, que tan útil hubiera podido ser al gobernador, ha excitado, por el contrario, su desconfianza ó más bien su envidia, pues la tiene muy honda de cuantos se captan la benevolencia de Bonaparte. Quiso colocar en Longwood al doctor Baxter, pero Napoleón declaró resueltamente que jamás le hablaría de su salud, pues aunque hasta entonces le trataba gustoso y departía largamente con él, se negaba á verle desde que echó de ver que se lo daban forzosamente por médico. Desde que presentó la dimisión, no sale O'Meara de su cuarto, y cuando Bonaparte requiere asistencia facultativa, responde que ya no representa nada y se niega á visitarle. De esto provienen quejas vivísimas, que Bertrand transmite al gobernador en cartas acres, y la negativa de ver á Baxter, lo que levanta no pocas sospechas. No se sabe cómo acabará este drama, pero los más diestros actores no están ciertamente en Plantation-House. La dolencia que aqueja á Bonaparte, es, según parece, una fuerte constipación de entrañas, ocasionada por falta de ejercicio. Tal vez pudiera degenerar en apoplejía. ¡Dios me oiga!»

Termina esta carta con muy curiosos pormenores acerca de Gourgaud, cuya autenticidad atestigua Montchenu:

«Gourgaud es hijo de una niñera del duque de Berri y sobrino de la Dugazon, íntima amiga del Primer Cónsul. En la Escuela Politécnica cursó con aprovechamiento sus estudios, y, al salir, fué destinado á un regimiento de artillería montada, donde se distinguió notablemente. Proclamado emperador Bonaparte, quiso que sus ayudantes fueran oficiales distinguidos de todas las armas, y por la amistad que entonces tenía con la Dugazon, nombró, como uno de tantos, al sobrino de ésta, que, á la sazón, sólo era teniente. Ascendió poco después á capitán, y no tardó en ser comandante. En 1814 estaba en Fontainebleau cuando la abdicación de Bonaparte, y mostró deseos de seguirle, por lo que éste, deseoso de llevarse á Elba el mayor número posible de oficiales, extendió á su favor el despacho de coronel, cuyo empleo le fué reconocido por Luis XVIII, gracias á la influencia del duque de Berri, para que se quedase en Francia, so pretexto de que su madre no le consentía partir. Por entonces ocurrió un suceso escandaloso, en el que intervinieron muchos oficiales de reemplazo, pero el duque de Berri logró que no se hablase más del asunto, y poco después colocó á su protegido en la guardia real. Al salir de casa del duque de Berri con el nombramiento, encontró Gourgaud al mariscal Soult, quien le dijo:—Querido mío, es preciso andar con mucho cuidado, porque hay traidores entre nosotros.

»El 22 de Marzo de 1815 volvió al lado de Bonaparte en calidad de primer ayudante de órdenes, y con él estuvo en Waterloo y le siguió á París. Después de la segunda abdicación, solicitó Gourgaud de Bonaparte que le permitiera acompañarle en su éxodo, pero le fué denegada la petición so pretexto de que no era íntimo del Emperador, y como éste no se llevaba artillería, tampoco necesitaba oficiales de esta arma. Gourgaud encomió entonces su adhesión personal, la manera como había traicionado al duque de Berri, el soborno de los artilleros, etc., etc., y terminó diciendo que, abandonarle, equivalía á consentir que lo fusilasen. Para librarse de sus importunidades, se le concedió el empleo de general, que el mariscal Davout prometió legalizar... Luego de partido Bonaparte, siguióle Gourgaud á hurtadillas, con tal maña, que llegó á Rochefort al mismo tiempo. Allí hubo nue-